

AITANA SOLER

TODA MONEDA TIENE DOS CARAS



No todos los ángeles se visten de blanco

En este mundo hay tres clases de personas. Tres perfiles completamente diferentes que se marcan por los caminos que cada uno de nosotros decidimos seguir. El primer grupo son los avestruces, aquellos que ante la mínima amenaza, el mínimo peligro, la mínima disputa, esconden la cabeza y rezan por no verse salpicados. Tienen sus ideales claros, pero valoran más su integridad que a estos mismos. El segundo grupo son los leones, aquellos que dan hasta el último suspiro de su alma por lo que creen y defienden, no les da miedo el qué dirán, son ellos mismos y luchan por sus principios hasta el final. El último grupo son los camaleones, a mi parecer, los más inteligentes. Estos se mezclan entre la sociedad haciéndonos pensar que defienden nuestras ideas o que ondean nuestra bandera cuando, en realidad, no tienen una propia, simplemente se arriman a ti y se camuflan sin que sus verdaderos «yo» sean vistos por absolutamente nadie. Esta es la sociedad en la que me ha tocado vivir y, ahora que ya sabéis cómo funciona todo, me presento: mi nombre es Lake MacNamara y soy una auténtica leona.

Mi infancia nunca fue tarea sencilla, se podría decir que fue completamente anulada y camuflada por los problemas que sufría mi familia con su «fama».

Sé lo que estaréis pensando: «no puedes lamentarte. Hay millones de familias con problemas económicos en el mundo y tú no mereces quejarte sólo por tener fama». No os equivocáis en absoluto pero, con lo que no contáis, es con eso que a mí me gusta llamar «el factor M». ¿Que qué es? Muy sencillo. Es

el factor MacNamara o, como lo llama mi hermano, el factor Mafia. Sí, habéis oído bien, el nombre de mi familia era mundialmente conocido por ser una de las más grandes y activas familias de la mafia de Chicago. Durante siglos, la dinastía de los MacNamara había dominado y controlado la ciudad del este de Estados Unidos como si fuera su propia casa. ¡Eran grandiosos! Me atrevería a decir que, probablemente, fueron la mayor superpotencia de la mafia que jamás se haya visto en el mundo. Tenían contactos en todos lados. Siempre salían impunes de todo castigo judicial al que se enfrentaran. Tenían los mejores abogados y a miles de infiltrados en el mundo de la fiscalía. Y es que, cuando hasta en la policía hay gente tuya, es casi imposible caer. Sin lugar a dudas estaban en su época de máximo esplendor. Pero, como dice la canción y como le pasa a todo gran imperio, «nada dura para siempre». Aunque no lo creas posible, aunque parezca mentira y prácticamente imposible dadas las circunstancias... nunca digas nunca y jamás des a la tortuga por perdedora de la carrera porque, aunque sea más lenta, en un imprevisto todo puede cambiar.

Nada es lo que parece en la oscuridad y la neblina que pintan las casas de la mafia y, en ocasiones, hasta tu mejor aliado puede ponerse en tu contra. Aquellos ataques que jamás esperas siempre son los más provechosos y, cuando te casas con el diablo, hasta tu mano derecha o, incluso, tu propio hijo, puede poner en la puerta de tu casa un auténtico «Caballo de Troya».

En todas las familias hay un eslabón suelto, alguien que rema a contracorriente, que no defiende lo mismo que el resto, una oveja negra o, en este caso, un león blanco. Obviamente yo no podía ser este cabo sin atar, tenía apenas siete años cuando mi familia estuvo por última vez «unida» (si es que alguna vez lo ha estado) o, por lo menos, cuando remarón por última vez todos siguiendo un mismo rumbo, un rumbo que llevaba a todos los integrantes del grupo a delinquir de la manera más brutal e imperdonable que sus mentes fueran capaces de imaginar o que sus fuerzas fueran capaces de ejecutar.

Para contaros lo que pasó, primero he de presentaros a los personajes de este pequeño capítulo de mi historia y, como no podía ser de otra manera, comenzaré por mí.

En aquel momento, yo era sólo una pequeña niña originaria del barrio de Bronzeville, el mayor barrio afroamericano del estado, y que no sabía bien qué pasaba en aquella casa, simplemente estaba allí, encerrada entre aquellos enormes muros de hormigón que impedían pasar cualquier tipo de estímulo externo (una risa, un rayo de sol, una gota de lluvia...). Vivía dentro de una burbuja de gélidas paredes sin saber absolutamente nada del exterior. Supongo que eso forma parte del hecho de ser hija de un líder mafioso pero, cuando descubres lo que te pierdes, toda tu visión cambia. Y es que, si el pájaro aprende a volar, jamás quiere volver a ser enjaulado.

Completamente distinta fue la realidad para mi querido hermano. Paxton MacNamara. Por aquel entonces, un joven chaval de diecisiete años, pelo rizado, y como no podía ser de otra manera, con los imponentes ojos verde esmeralda que mi familia lleva heredando de generación en generación desde épocas inmemorables.

Por último, alguien que no puede faltar en este hilo de presentaciones. El todopoderoso Andrew MacNamara. Sí, efectivamente, mi padre. Un hombre cuya cabellera brillaba por su ausencia o, por lo menos, de cejas para arriba desde que mi memoria logra alcanzar. Tampoco tengo ninguna imagen de él sin que luzca su tupida barba canosa, que no sé bien si le debe el color a la edad o si siempre tuvo un nacimiento de pelo albino. En cuanto a mi madre... Bueno. Ella se fue cuando yo nací por miedo a que, dado que la familia cada vez era más grande e incontrolable, pudieran pillarnos. Lo único que sé es que dicen que nunca se ponía el sol para ella, jamás era un mal momento para atacar y la palabra «piedad» era una extraña en el enorme glosario que conformaba su vocabulario, o al menos nadie que la conociera en vida la recuerda haciendo actos o tan siquiera diciendo el propio vocablo.

Apenas recuerdo lo que sucedía por aquel entonces. Cuando te pasas toda tu vida encerrada entre cuatro paredes, tus

recuerdos dejan de ser fiables no sé bien si por el polvo o simplemente porque la luz tenue de las fundidas bombillas y casi achicharrados apliques provoca que mis dotes de retención se vean afectados o, tal vez, hasta descartados y anulados.

Recuerdo andar por los estrechos y enmoquetados pasillos de la mansión. Aquella roja y grasienta moqueta que calentaba mis pies en invierno y los llenaba de hongos en verano. Recuerdo ver a mi hermano agitado con casi continuos ataques de pánico y ansiedad que mi padre atribuía a su «inmadurez mafiosa» y a sus pocas ganas de «trabajar» (si es que acaso se le puede llamar así). Recuerdo sus ojos inundados por lágrimas de impotencia y terror y recuerdo que hasta bien pasada la acción no fui capaz de descifrar su verdadero origen.

Aquel invierno fue frío y tormentoso, y no, no me refiero a las aterradoras tempestades que azotaban cada vez más fuerte el fino y frágil marco de mi ventana. No. Aquel invierno fue distinto y, además, también fue el último para muchos.

Oí gritos en la sala de reuniones. Gritos que bien podrían ser de liberación espontánea, de adrenalina o simplemente de emoción. Ciertamente es que, en parte, apenas se pueden distinguir uno del otro. Ambos son gritos que provienen de lo más profundo de nuestro ser. Bien poco se diferencian los gritos de temor de los de pasión, aunque sospecho que, en aquella escena, estaban aliados y bien podían ser aquellos un aullido hacia el temor de perder el control sobre todo ese imperio que tantísimo tiempo les había costado federar.

Los gritos provenían de la sala de reuniones de mi padre...

—¡Ya basta de gilipolleces, Andrew! ¡Hay que hacer algo! ¡Ya! —aullaba López, el segundo de a bordo de mi padre.

—¿Te crees que no soy consciente de la gravedad del asunto, Marco?! ¡Si caemos, la cara de la portada de BBC News será la mía! ¡Así que te puedo asegurar que esto me preocupa más que a ti! —respondía la voz de mi padre.

—¿Y qué sugieres que hagamos, jefe?! ¿Que nos quedemos aquí mirando hasta que el barco se hunda?! —gritaba otro hombre desde el interior de la sala.

—¡No vuelvas a cuestionar mi liderazgo, Jordan! ¡Te lo advierto! —exclamaba nuevamente mi padre.

—¡Dejaré de cuestionarlo cuando demuestres que de verdad estás buscando al culpable! ¡La policía me ha investigado cuatro veces ya en lo que llevamos de semana y me está empezando a tocar mucho los huevos! —contestaba el otro.

—¡Estoy dando hasta el último alarido de mi aliento para encontrar a la rata inmunda que está acercando a las autoridades a nosotros pero, por desgracia, no soy mago, y no puedo simplemente chasquear los dedos y decapitar al maldito topo! —decía él.

—¡Entonces, ¿por qué diantres buscas sólo entre nosotros y no entre todos los implicados?! —chillaba una mujer.

—¿Me estás acusando de ser parcial en este trabajo?! —preguntaba.

—¡¿Y qué si lo estoy haciendo?! ¡De momento, por lo que todos sabemos, no nos has demostrado lo contrario!

—¡Ya basta! ¡Si lo que ustedes están insinuando es que soy un mal jefe, pueden ir saliendo de la sala y abandonando esta familia! ¡Pero no pienso tolerar una falta tan grave de respeto hacia mí! ¡Andrew MacNamara! ¡El más grande de los mafiosos!

—¡¿Te crees que lo habrías conseguido sin nosotros?! —aullaba Jordan.

Los alaridos de ira cada vez eran mayores y más repetitivos. La conversación no era capaz de progresar más allá de los insultos y puñales que verbalmente se iban lanzando de unos a otros sin que yo entendiera muy bien el por qué.

Recuerdo ver aquellas luces epilépticas rojas y azules colándose por las finas y delgadas rejillas de la persiana que cubría la pequeña ventana que permitía que aquella desolada habitación no fuera una mísera celda digna de aparecer como escena principal de un crimen en una horrible película de terror, de aquellas que te provocan noches y noches en vela esperando a que el tenebroso asesino en serie se presente en tu puerta, sosteniendo sobre sus palmas tus peores pesadillas y reflejando en sus vacíos e inertes ojos los peores pecados que tu mente es capaz de imaginar.

Recuerdo los disparos. Muchos disparos. Demasiados disparos. Los recuerdo como si, en este preciso instante, estuvieran sonando junto a mi oído y penetrando hasta lo más profundo de mi cerebro. Supongo que ese grave y fortísimo estruendo es uno de esos sonidos que no se olvidan, que se quedan grabados en lo más hondo de tu retina, y mucho más cuando el sonido de esos disparos iba acompañado del tintineo que producían los alargados y huecos casquillos al chocar con las pocas baldosas de cerámica que la sucia y polvorienta moqueta dejaba asomar.

Poco tiempo después de los disparos y los gritos, unos agentes irrumpieron en casa arrasando como una manada de búfalos.

—¡FBI! ¡Suelten las armas! ¡Manos detrás de la cabeza y de rodillas! —exclamaba un hombre de robusto aspecto y poblado bigote.

Asomé mi cabeza por el marco de mi puerta por primera vez desde que había regresado tras escuchar las discusiones de mi familia, y el destino quiso que esto sucediera a la par que una mujer delgada, de tez morena y ojos café, inspeccionaba justo esa área de mi casa.

—¿Lake MacNamara? —preguntó la afable voz de la muchacha, a lo que yo respondí asintiendo levemente con la cabeza y sin saber qué ocurría o por qué el hombre con bigote se llevaba esposado a toda la familia y amigos de mi padre (él incluido) salvo a mi hermano, que conversaba con otro agente federal—. Soy la agente Polter del FBI. Tu papá va a estar bastante tiempo fuera de tu casa, así que debes venirte conmigo.

—¿Habéis arrestado a mi padre? —preguntaba yo, a pesar de que ya sabía la respuesta a mi cuestión.

—Eres una joven muy avispada, ¿lo sabías? —respondió ella.

—Supongo que habré salido a mi madre... ¿Por qué no os lleváis a mi hermano con el resto de amigos de mi padre?

—Tu hermano Paxton no es como tu papá o como el resto de sus amigos. Él nos ha ayudado a pillar a tu padre.

—Mi padre hacía cosas malas, ¿verdad?

—Sí, cielo. Siento decirlo.

—¿Y Paxt os ha ayudado a que deje de hacer daño a la gente buena?

—Efectivamente.

—¡Polter! ¡Coge a la niña! ¡La mujer de protección del menor espera en la comisaría! —gritó el hombre que se había llevado a mi padre desde la entrada de la casa.

—Bien, Lake. Acompáñame. Te llevaré a que conozcas a una amiga mía.

—¿Me vais a arrestar a mí también?

—No, no, no. ¿Por qué lo haríamos?

—Porque mi padre ha hecho cosas malas y yo soy su hija y... eso es lo que hacéis los policías... Tratar a todos mal y por igual.

—Amor, creo que tienes una visión de la realidad un poco distorsionada por culpa de tu papá. Ven conmigo a mi oficina y déjame mostrarte el mundo real...

Salimos de mi casa y subimos a un todoterreno negro de gran tamaño que, supongo ahora, se trataba del coche de la agente con la que había estado hablando. Condujo durante un tiempo, lo que me pareció una eternidad y, al mirar al reloj, descubrí que apenas habían pasado cuarenta y cinco minutos. Llegamos a una lujosa comisaría de paredes grises y cristales tintados que contaba con una acristalada puerta de entrada a un amplio y precioso recibidor con escaleras a ambos lados y algunas mesas de trabajo con ordenadores sobre ellas.

Hacía frío. Recuerdo como cada ráfaga de viento, por pequeña y casi impredecible que fuera, atravesaba la delgada y fina tela del pijama que, dado la urgencia del asunto, no había podido quitarme y llevaba puesto muy a mi pesar. Mis huesos tiritaban unos contra otros provocándome una de las más molestas sensaciones que uno puede sufrir. Por suerte, la espera no se demoraría demasiado ya que la persona a la que, al parecer, estábamos esperando, se encontraba ya en el vestíbulo de la comisaría.

—Tú debes de ser Lake, ¿verdad? La hermana de Paxton —asumió la señora que esperaba mi llegada. Una mujer de pelo lacio y pelirrojo y grandes ojos azules que casaban perfecta-

mente con el enorme tamaño de las gafas que, aunque me costara creerlo, apoyaban todo su peso sobre su probablemente musculosa nariz.

—¿Debo contestar? —respondí yo.

—¿Lorena Hudson? De protección del menor —preguntaba la agente que iba conmigo tendiéndole la mano—. Soy la agente Polter y, en efecto, ella es Lake.

—¿Dónde está su hermano? Tengo entendido que eran dos menores —dijo la mujer.

—Y así es, pero él va a ser trasladado durante un año a un centro. No podía salir completamente impune pese a su colaboración, por lo que hemos optado por meterle allí aunque sólo sea por un año. Hasta que cumpla la mayoría de edad.

—Bueno. En ese caso será mucho más sencillo el tema de la adopción...

—¿Adopción? ¿No voy a vivir con mi hermano? —me sobresalté cortando a la señora.

—Siento decirte que no, cielo. Tu hermano ha hecho también algunas cosas malas y debe recapacitar. Pero está de acuerdo con que no estés con él y vayas a parar a una familia llena de amor —trató de convencerme ella.

—Mi hermano nunca me abandonaría así. No. Yo... ¡Quiero ver a mi hermano! ¡¿Dónde está mi hermano?! ¡No me iré a ningún lado sin él! Yo...

Justo entonces, cuando las primeras lágrimas comenzaban a asomarse por mis ojos y yo misma me obligaba a detener el numerito, como si por el destino hubiera sido, entró por la puerta una familia de tres miembros. El primero de ellos deduje que era el padre por su aparente edad de cuarentón. Llevaba una camisa a cuadros roja y blanca y unos pantalones pitillos azules oscuros. Tenía una repeinada y engominada melena y su barbilla no dejaba asomar ni un mísero pelo. Por otro lado, tenemos a la que, imaginé, sería la madre. Una larga y lisa melena color castaño cubría sus hombros y tenía ojos café como el padre. Además, lucía una camisa blanca con una falda ajustada, de media altura y negra. Ambos eran de tez blanca. Y, por

último, el que asumí sería el hijo. Un chico de más o menos mi edad (en aquel momento siete años), tez blanca, ojos café y pelo moreno, corto e igual de repeinado que el padre. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones vaqueros azules.

—Lake, estos son los señores Bradford y su hijo, de tu edad por cierto, Donovan. Estos amables señores se han ofrecido para quererte, cuidarte y guiarte en tu vida como tus padres adoptivos. Estoy segura de que te van a encantar —les introdujo la de protección del menor.

El chico se acercó a mí con una afable y radiante sonrisa de oreja a oreja que, sin lugar a dudas, me ayudó a bajar la guardia aunque sólo fuera por un instante insignificante.

—Hola. Creo que ahora vamos a ser hermanos. ¡Genial! Ya verás, te va a encantar la casa y nuestra habitación... —comenzó a emocionarse él.

Aquel día fue la última vez que vi a muchos miembros de mi familia. Mi padre... como si jamás hubiera existido. Sus amigos... completamente fuera de mi ecuación. Mis tíos y abuelos... dudo si alguna vez volví a pensar en ellos... Los Bradford eran una familia pura, buena, amable y generosa de dos dentistas y un enérgico crío y, sin lugar a dudas, fueron mi base para construir lo que resultó un nuevo comienzo y, se podría decir, el inicio real de mi vida.

No todos los demonios se visten de negro

(Naïa)

En la vida del mafioso, sólo hay tres reglas cruciales que uno debe seguir si su intención es llegar vivo y libre al final del día. Lo primero, entrena duro cada segundo de tu tiempo. La policía está siempre preparada para todo. Viven de su físico y entrenan durante horas. Si no eres ágil, rápido y fuerte... estás muerto. Lo segundo, come si no quieres que te coman. En la calle, en cualquier lugar fuera de la mansión o del «lugar seguro» para cada mafioso, no hay amistad ni familia. Allí afuera todos somos peones de un sistema que decide qué debemos hacer, cuándo, cómo, dónde y por qué. En la calle, todos son iguales, todos salvo los miembros de la mafia. Si eres parte de alguna banda o familia antisistema, no te puedes permitir entablar ningún tipo de lazo con nadie. Cualquiera puede ser una amenaza, un enemigo, un cabo suelto que hay que atar... Allí afuera todos estamos solos y no te puedes permitir niñerías de amistad o de familia. La gente no es cercana a ti, simplemente son personas a las que les debes, o no, favores. No te dejes engañar. Si te andas con tonterías y te equivocas de relación... estás muerto. Y, por último, jamás entables ningún tipo de conversación, y mucho menos relación, con alguien de la pasma. Esta tercera parece lógica e incluso innecesaria de mencionar, pero los agentes de policía son maestros del disfraz, y no me refiero sólo a que se hagan pasar por gente normal en vez de agentes de la ley, no. Sus dotes de camuflaje van mucho más allá y, cuando se trata de engatusar a alguien, son

auténticos genios. Son capaces de hacerte soltar información sin que te des cuenta o, incluso, siendo consciente pero, iluso de ti, pensando que no la utilizarán en tu contra. Y, a pesar de que te avisen de que «todo lo que digas podrá ser y será utilizado en tu contra», tu inocente mente y débil corazón son capaces de traicionarte y de convertirse en tus peores pesadillas. Por ello hay que evitar acercarse a ellos más de lo estrictamente necesario. Si te saltas esta advertencia... estás muerto. Estas son las tres reglas para sobrevivir en la calle. Para sobrevivir en ese despiadado lugar del que tan poco conocemos y en el que tan ingenuos e inexpertos somos. Para sobrevivir como anti-sistema en un mundo plagado de androides. Para sobrevivir como rey, en un mundo lleno de peones. Para sobrevivir como mafioso en un mundo repleto de policías.

Las calles de Chicago llevan siendo gobernadas por mafias desde épocas inmemorables. Hace años, este poder recaía sobre los MacNamara. Teñían el asfalto de rojo y sembraban el terror y el caos allá por donde pisaban pero, después de su caída unos meses atrás de donde nos situamos en este instante de la historia y del periodo de batalla que se desencadenó entre el resto de bandas con el fin de ser la siguiente superpotencia de antisistemas, mi familia ascendió al trono y bautizaron las calles de esta ciudad como propiedad privada de los Shield.

Mi nombre es Naïa Shield y soy la única hija y, por tanto, heredera al trono de mi familia. Mi vida no ha sido un camino de rosas precisamente pero, ¿qué puedo decir? Supongo que forma parte de la vida de un mafioso, y mucho más cuando, desde que tengo siete años, mi padre, Aleph Shield, me ha criado y preparado para, en algún momento, tomar el mando de esta familia contando, claro está, con que ganaríamos la guerra que, justo ese año, se había desatado tras el arresto de Andrew MacNamara por el FBI. Mi padre siempre ha sido súper protector, y mucho más tras la desoladora pérdida de mi madre, Ellenor Shield, una mujer que fue astuta, pelirroja, empoderada, hermosa y con un carácter que no permitía a nadie anteponerse o simplemente valorarse más que ella y que nos fue

arrebatada a manos de esos despiadados monstruos a los que los inútiles peones del sistema denominan «agentes de la Ley».

Apenas logro reflejar en mi mente, aunque sea de forma borrosa, una sola experiencia vivida antes de mi decimosexto cumpleaños, pero aquel día... lo llevo grabado desde entonces muy a mi pesar. He intentado borrarlo, abandonarlo, arrancarlo de cuajo de la maldita zona de mi cerebro que no me permite dejarlo atrás y olvidar, pero las fuerzas de mi memoria son demasiado poderosas y parecen resistirse a todos mis ataques como si ni siquiera le costara.

Recuerdo aquella llamada. El teléfono de mi madre se encontraba sobre la cómoda del recibidor y recuerdo como su tono de llamada no paraba de sonar, como si de una alarma de incendios se tratara. Aquel horrible tono de llamada que tanto odiaba. Aquel estridente sonido que ensordecía mis tímpanos y que tanto había deseado durante toda mi vida que desapareciera. Aquel horrible estruendo que ahora anhelo como el gorrión extraña su nido.

Recuerdo como la casa estaba desierta tras la marcha de mi padre y el resto de la familia a la caza del objetivo, al cual llevaban estudiando meses. Sabían todos sus movimientos, su forma de andar, su manera de respirar, las veces que bebía agua durante las noches o incluso el número de parpadeos que daba en un minuto. Conocían hasta el más mínimo detalle. Y no era para menos. Aquel tipo no era un pececito, sino más bien un pez gordo, enorme. ¿Qué digo de pez? Era una maldita ballena. Si matabas a una persona cualquiera podía generar un impacto en la sociedad enorme, pero este tío definía a la perfección el fenómeno del cataclismo.

Me encontraba en mi habitación jugando en el suelo con mi madre cuando la primera nota de su tono de llamada salió por el altavoz.

—¿Quién es? —pregunté con una mezcla entre curiosidad e incertidumbre.

—Será tu padre —me respondió calmadamente ella.

—¿Por qué no lo coges?

—Porque estoy jugando con mi koalita y nada es más importante que eso.

—¿No se va a asustar si no respondes?

—Naï, tu padre está fuera trabajando, seguro que ha marcado el número sin querer. Ahora mismo estamos tú y yo solas, así que disfruta del ahora y ya le echaremos la bronca cuando vuelva por molestarnos así.

—Podemos castigarlo sin postre.

—Sí, sí. Exacto. Eso haremos. Se quedó sin postre por interrumpir nuestra emocionante partida de póker.

—Tampoco pasa nada por eso. No entiendo nada, así que iba a perder seguro.

—No digas eso, koalita mía. Te lo vuelvo a explicar. El objetivo del juego es conseguir la mejor combinación posible de cinco cartas de las que he repartido y las comunitarias. Algunas cartas cuentan más que otras, por ejemplo...

Mi madre estaba apunto de comenzar a decirme de nuevo los valores de cada carta del juego cuando un fortísimo estruendo enmudeció cada uno de los pequeños espacios, por diminutos e inapreciables que fueran, de nuestra acogedora morada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté alarmada y con un notorio temblor en mi voz.

—No estoy segura —me respondió con una señal de intranquilidad en su, habitualmente, apaciguada y cariñosa mirada—. Voy a ir a ver, pero necesito que me prometas una cosa —aguardé a su instrucción en un sepulcral e intenso silencio—. Necesito que me prometas que, bajo ninguna circunstancia, en ninguna situación, en ningún escenario, abandonarás esta habitación. Necesito que me lo prometas Naïa.

—¿Qué está pasando? —repetí, esta vez, con un temor añadido.

—Nada, koalita. No te preocupes.

—Me has llamado Naïa, y tú nunca me llamas por mi nombre completo... Por favor, ten cuidado.

—Claro que sí, koalita. Además, tenemos que terminar

nuestra intensa e igualada partida de póker. No te vas a librar tan fácil...

De nuevo, un grave y ensordecedor ruido interrumpía nuestra conversación. Esta vez, mi madre decidió actuar. Se incorporó y se dirigió hasta la puerta de mi cuarto.

—Prométeme que no vas a salir de esta habitación hasta que yo llegue —volvió a pedirme parada bajo el marco de la puerta.

—Te lo prometo, mamá.

—¿El qué?

—Que no voy a salir de esta habitación pase lo que pase.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

—Así me gusta, koalita.

Esta vez abandonó la habitación, cerrando la puerta y sumiendo así la estancia en un auténtico desierto mudo y solitario. El silencio se apoderó de mi mente y contaminó mis oídos durante unos segundos, pero poco duró la calma que, aunque me torturaba por dentro, no era capaz de matar, pues el primer sonido que rompió la paz no fue lo que esperaba oír. Y es que, por muy pequeña que seas, hay una serie de sonidos que, si te crías en la mafia, acabas aprendiendo a reconocer y, por desgracia, el sonido de un disparo y el posterior tintineo del casquillo rebotando contra las baldosas es inconfundible.

Mi respiración se aceleró hasta límites insospechados. Mi corazón amenazaba con salir por mi boca. Mis rodillas, por culpa de la palpable tensión que inundó mi cuerpo, me fallaron dejándome caer sobre el suelo. Mis manos y muñecas, doloridas por el golpe, temblaban como si un ataque de Parkinson estuviera apoderándose de ellas sin que mi mente (que ya bastante tenía con lidiar con el ataque de ansiedad) pudiera hacer nada por remediarlo o calmarlo. Mi mirada se tornó borrosa y negra durante un microsegundo hasta que, por desgracia, otro alarmante disparo detuvo mi crisis y, a pesar de mi promesa, impulsó a mi cuerpo a ponerse de pie y actuar.

A duras penas, conseguí incorporarme y levantarme del suelo para, sobre mis temblorosas y débiles piernecitas, llegar

hasta la puerta, agarrar el manillar y, con evidente pánico, bajarlo hasta que se abrió.

A primera vista, todo parecía estar exactamente igual que cuando mi madre cerró la puerta para ir a ver qué había sido el primer ruido que escuchamos cuando estábamos pasando el rato juntas y tranquilas.

Vagué luchando a muerte con mi cuerpo para no caer por mi casa tratando por todos los medios de encontrar a mi madre y al, probablemente, animal callejero que había causado los primeros golpes. Apenas tuve que andar unos metros cuando vi a la salida de la puerta de la cocina un pequeño rastro de sangre que manchaba el suelo.

Os diría que corrí a ver qué había ocurrido, pero cuando traté de acelerar mi marcha, mis rodillas cedieron y, de nuevo, caí al suelo, así que más que correr, gateé por el suelo hasta que, con ayuda del marco de la puerta, me levanté justo en la entrada de la cocina para encontrarme lo que más temía. Aquello que uno jamás quiere ni piensa poder ver. Aquello que te rompe y que más puede destrozarte por dentro. Allí, tendido en el suelo y sobre un charco enorme de sangre, yacía el cuerpo de mi madre aún con vida, pero más débil de lo que mis ojos lo habían visto nunca.

Me arrastré con las pocas fuerzas que me quedaban hasta llegar a su lado, coloqué su cabeza sobre mis muslos, agarré su mano y fui capaz de hablar.

—¡Mamá! ¡por favor! ¡no te vayas! ¡Quédate conmigo! ¡Mamá!

—Te pedí... que no salieras de... tu... habitación... —balbuceó a duras penas su sedosa y maravillosa voz.

—Mamá, no te vayas, por favor. No me dejes... —suplicaba yo, una y otra vez.

—Vuelve a tu cuarto, koalita. Estás en peligro —me dijo, tosiendo al final.

—No me voy a ir a ningún lado. No mientras estés así. Necesito a papá. ¡Dónde está el maldito móvil!

—No molestes a tu padre con esto... Está liado... Tú... Dile que fue él... Dile a papá que ha sido él...

—¡No le voy a decir nada a papá porque no te vas a morir!
¡No te vas a ir! ¡Dónde está el condenado móvil!

—Naï... Dile que ha sido el policía... Dile que ha sido el agente Williams... Díselo por...

—¡No! ¡Mamá! ¡No te vayas! ¡Quédate conmigo! —grité al sentir su corazón dejar de latir— ¡No te vayas!

Aquella noche perdí a la única persona que no me podía permitir perder. Vi la luz desaparecer de sus ojos. Vi como sus pupilas se dilataban y sus iris poco a poco se iban nublando y tornando grises. Vi la sangre. Mucha sangre. Sangre que brotaba sin parar de los dos agujeros de bala que atravesaban el pecho y el abdomen de mi madre. Vi cómo su piel, siempre suave y cálida, se tornaba gélida y pálida como la que jamás vio la luz del sol. Vi cómo su pecho dejaba de hincharse con cada respiración y como se escapaba su vida entre mis manos. Las lágrimas bañaban mi mirada, lavaban mis mejillas hasta que, tras recorrer toda mi cara, aterrizaban sobre el perfecto rostro de mi madre.

Apenas unos minutos más tarde desde que vi el último destello de luz en la mirada de mi ángel, mi padre llegaba a la enorme mansión de la familia con la camisa manchada de salpicones rojos y el pelo y la ropa completamente alborotados y desaliñados. Vino corriendo a la cocina como si supiera exactamente lo que había pasado y pensara que aún podía salvarla, pero por desgracia llegaba tarde.

—¡No! —gritó con una desgarrada voz.

—Hice todo lo que pude, te lo prometo, pero estaba en mi habitación, y había disparos, y tenía miedo, y no sabía que hacer, yo... —trataba yo de argumentar palabras sin mucho éxito—. Mamá dijo que te dijera que había sido él, el agente Williams...

—¡Maldita chusma de agentes de la ley! ¡Se hacen llamar guardas del orden y los condenados policías no son capaces de mantener su puñetera pistolita enfundada!

Las lágrimas inundaron sus párpados en una mezcla de rabia, coraje, odio y dolor. La policía acababa de arrebatár-

nos nuestro tesoro máspreciado y no habíamos podido hacer nada, ni íbamos a poder.

—Juro que vengaré a mamá. Esto no se va a quedar así — prometí.

—Vamos a vengarla —dijo enfatizando el vamos—. La chusma esta acaba de sobrepasar el límite, nos han declarado la guerra y, si quieren batalla, se la daremos.

Aquel día, la policía de Chicago cometió el mayor error de su vida. Se acababan de colgar una diana en la espalda y no tenía intención de dejarla pasar, porque mi nombre es Naïa Shield, hija de Aleph Shield y heredera de la familia. Mi madre lo era todo para mí y me la habían arrebatado, así que no pensaba parar hasta acabar con todos ellos. No pensaba parar hasta matar al último monstruo. No pensaba parar hasta que pagaran. No pensaba parar hasta arrebatarles todo lo que tuvieran igual que ellos a mí. Porque esto era la guerra. Era un duelo a muerte entre los «agentes de la ley» y la mafia y, en una partida de ajedrez entre peones y reina, siento decirlo, la reina siempre gana.

Las calles de Chicago ganan encanto de noche

El día prometía comenzar con muy buen pie. Mi despertador, al igual que cada mañana, sonaba con una de mis canciones favoritas acabando con mi sueño de una molesta pero dulce manera. No me malinterpretéis, me encanta «Willow», es mi canción favorita de Taylor Swift, pero a veces desearía que dejara de sonar y poder quedarme dormida el resto del día. Fuera como fuese, el deber me esperaba y, cuando eres «Lake MacNamara, agente de la Comisaría del distrito 12 de Chicago», no te puedes permitir llegar tarde a trabajar. La delincuencia no espera y debo estar siempre preparada para actuar, lo que implica, obviamente, ser puntual en la entrada a la oficina.

—Buenos días, amor. Levántate, hay que irse a la oficina o le tendré que decir al jefe que te despida —dijo Donovan Bradford para despertarme.

—Eres consciente de que tú eres el jefe, ¿verdad? —le respondí, enfatizando el tú y rascándome los ojos por el sueño.

—Que tu marido y hermanastro sea el jefe no implica que no te pueda echar, así que venga... —cogió mi americana azul marino, una camisa blanca y mis pantalones de traje a juego con la chaqueta y me los tiró encima—Vístete y dale vida, o te pienso despedir.

—Ya... Seguro que sí —lo piqué.

Me lanzó una mirada de burla contestando a mi broma y abandonó la sala permitiendo que me cambiara para ir a desayunar y, posteriormente, a trabajar.

Me planté la camisa y la americana, me puse los pantalones recientemente planchados y me los ceñí con el cinturón de cuero marrón que Donovan me había regalado por mi último cumpleaños, me calcé mis manolitas de plataforma azules oscuras y, tras perfumarme como si me fuera la vida en ello, abandoné la habitación, bajé las escaleras de nuestro humilde chalet y me encontré con mi marido en la entrada, quien ya llevaba puesto su traje y su chaqueta de cuero y sujetaba la mía bajo el brazo.

—Ya pensé que te habías vuelto a dormir —se metió conmigo.

—Me ofende la poca confianza que deposita en sus agentes, señor «Jefe de la comisaría» —bromeé siguiéndole el juego.

—Por amor de Dios. ¡Eso jamás! Yo siempre confío, pero sólo en mis mejores agentes...

—Me siento ofendida.

—Tendrás que ganarte mi respeto.

—¿Y cómo propone que lo haga, señor?

—Bueno... Usted juega con ventaja, señorita. Es mi mujer, así que aproveche la situación.

Aparté la mirada y puse los ojos en blanco en señal de burla, aunque, si os soy sincera, creo que uno de los grandes motivos por el cual cambié la dirección de mi rostro fue para ocultar y hacer desaparecer por completo el rubor que se había apoderado de mis carrillos tras la insinuación de Donovan.

Me planté mi chupa de cuero, agarré mi bolso a juego negro y con la cadena con la que me lo colgaba en dorada, me subí la cremallera, mi marido cogió las llaves del coche y nos pusimos en marcha. Primera parada, Cafetería Jumping Bean.

—Algún día nos compraremos una moto —me dijo mientras conducía sin apartar la mirada de la carretera.

—En sus sueños, jefe. Jamás me montaré en un cacharro metálico de dos ruedas con tendencia a caer y sin ningún tipo de protección —le contesté.

—Sin protección no, llevas el casco.

—Claro, porque en un accidente a doscientos kilómetros por hora cayéndonos de un acantilado, un cacharrito de plásti-

co que me cubre hasta la nuca, me va a salvar la vida... Sí, tiene mucho sentido todo.

—¿No me harías el hombre más feliz del mundo?

—¿Si implica matarme? Espera, que lo pienso... No, lo siento, búscate a otra alumna de la academia de policía a la que engatusar, o a otra hermanastra perdida si lo prefieres.

—De verdad, qué aburrida eres.

—¿Estás seguro de eso, «jefe»?

Su cara jamás había estado tan roja. Él era bastante propenso a causar rubor a los demás y es que un hombre alto, blanco, de pelo engominado y moreno, ojos cafés, unas cejas perfectas, barba perfecta, boca perfecta, nariz perfecta... y que además, para el colmo, adoraba hacer piropos, pues era complicado que no pusiera roja a la gente.

Tras quince minutos de trayecto, Donovan decidió aparcar en doble fila frente a la puerta de la cafetería de mi hermano para entrar a comprar algo de desayunar.

—Dos de lo de siempre, por favor —le pedí a Laurel, la compañera de mi hermano en la cafetería, una muchacha de ojos verdes, pelo liso y moreno, de tez blanca, cejas definidas y poco pobladas, labios rosados y normales y miope.

Mi hermano trajo nuestros desayunos y un par de vasos de café para llevar en una bandeja de plata y dentro de una bolsa de papel marrón que sostenía como un auténtico malabarista.

—Vaya, vaya. Si llego a saber que me iba a servir la comida un chico tan apuesto me habría arreglado más... —bromeé.

—Qué se le va a hacer. Supongo que habrá que esperar a la siguiente.

—Vamos, Lake. Nos tenemos que ir ya —dijo Donovan, metiéndonos prisa.

—Dos cafés con leche para llevar y dos croissants. Uno de ellos con choco —dijo Paxton echándole una descarada mirada de pocos amigos.

Mi hermano le entregó a mi marido el desayuno en las bolsas y los cafés y este se fue directamente al coche a esperarme.

—De verdad que odio a tu marido —me repitió como de costumbre.

—No te pases, Paxt. Desde que te hiciste ese piercing en el labio te has vuelto un poco tontito e insoportable con el tema.

Donovan comenzó a pitar desde el coche para indicarme que me diera prisa o llegaríamos tarde, por lo que tuve que abreviar la conversación.

—Te dejo. Dov se está poniendo nervioso...

—De verdad estrellita, el día que le dejes voy a montar una fiesta.

—¡Paxton!

—Vale. Vale. Ya paro. Que tengáis buen día.

Abandoné la cafetería resoplando para evitar descargar mi ira de otra forma (como, por ejemplo, girándome y dándole un capón más que merecido). Amo a mi hermano, en serio, es de las mejores personas que conozco y la única que me queda de mi familia biológica y, aunque tuvo que desaparecer de mi vida para que yo pudiera crecer en un entorno seguro y alejado de la mafia, regresó en mi decimoctavo cumpleaños, por eso es uno de mis pilares más importantes. Eso sí, detrás de Donovan, claro está.

Cogimos el coche y, mientras desayunábamos nuestro almuerzo habitual, condujimos un par de minutos hasta la comisaría, donde aparcamos en el parking y entramos a la sala de reuniones. Allí aguardaban nuestra llegada un par de compañeros y la jefa Polter. Sí, efectivamente, la agente Polter, la misma agente que me sacó de mi casa aquella noche era ahora mi jefa, y una bastante buena, a decir verdad.

—Bien. Comencemos la reunión, si les parece —propuso ella.

—Acaba con esta mierda. Ahí afuera hay jaleo y quiero salir de esta sala en cuanto pueda —se quejó Rowdy Moore, uno de mis compañeros. Un chaval joven de pelo rapado, ojos dorados, tez blanca, pecoso y con las cejas muy pobladas y pelirrojas.

—Calmate Rowdy. Hay que esperar a que los jefes den el mensaje o no podremos acabar nuestro día de forma productiva —le contradijo Kenai Phillips, otro de mis compañeros. Este

era de tez blanca y pelo castaño oscuro, tenía la mandíbula súper definida y era delgado y bajito, aunque su apariencia era engañosa ya que tenía una fuerza descomunal.

—En realidad, señor Phillips, ustedes dos pueden irse, sólo necesitamos a Lake para esta reunión. Así que, si tanto incorporamos al agente Moore, poneros el uniforme y marcharos. Os toca patrulla —les informó Donovan.

Ambos asintieron y salieron de la sala para comenzar con su tarea del día, y la que solía ser la mía siempre, aunque parecía que en esta ocasión Katerina y mi marido tenían otros planes para mí.

—Así que... ¿hoy me libro de patrullar? —pregunté.

—Afirmativo —respondió mi marido.

—Entonces... ¿qué tengo que hacer? ¿Algo interesante, como encerrar a un asesino?

—Más bien a 100 —me corrigió Polter.

—Espera, espera. Echa el freno, capitán. ¿100 asesinos? ¿Qué es esto? ¿Misión Imposible *made in* Chicago? —contesté atónita.

—Queremos que trabajes como infiltrada —me explicó mi marido.

—¿Queréis que trabaje como infiltrada? ¿De nuevo? O sea... Creía que no querías que lo volviera a hacer por los riesgos que conlleva.

—Y no te equivoques, no quiero.

—Pero tanto Bradford como yo sabemos que eres la mejor agente de disolución de bandas del Estado y, aunque no le agrade la idea, esta misión es algo gordo y sólo apto para «la mejor» —explicó mi jefa—. Y si algo nos demostraste en tus decenas de misiones concluidas con éxito, es que en esto eres la mejor. Sin discusiones.

—Entonces... ¿Vuelvo a la carga?

—Muy a mi pesar... Pero sí —respondió Donovan.

En ese instante la alegría inundó mi cuerpo. Después de lo que pasó con mis padres, y de que los Bradford me lo explicaran, lo único por lo que he luchado en el mundo es por

acabar con la abominable plaga que son las familias mafiosas. Son animales y, por desgracia para ellos, yo soy una excelente cazadora. Esta ciudad no va a volver a verse sometida ante estos monstruos mientras yo pueda evitarlo.

—Bien. ¿Cuándo empiezo? —pregunté motivada.

—Mañana —respondió Polter.

—Vale... Antes de lo que me esperaba... Pero cuanto antes cierre el caso, antes acabaré con otra misión más.

—Ya... El caso es que no creo que esta misión la cierres tan pronto como el resto de tus casos... —me contestó mi marido.

—¿En qué te basas?

—Tengo la impresión de que este va a ser uno largo —me contestó él.

—Se trata de los Shield. Es la familia puntera ahora mismo en Chicago y, por ende, una de las más activas y amenazantes —comenzó a explicarme Polter—. No sabemos mucho de ellos dado a su implacable red de contactos y su increíble discreción, por lo que es complicado pillarlos con las manos en la masa. El actual capo de la familia sigue cumpliendo años y está cerca de su retiro del «oficio», por lo que tu objetivo principal será su hija, la heredera de la familia, Naïa Shield.

—Por eso te necesitamos a ti, la mejor agente infiltrada de Chicago, para vencer esta batalla. Si acabamos con la señorita Shield, si acabamos con la heredera de la banda, con la futura líder... —concluyó Donovan.

—La familia estará acabada —respondí provocando que asintiera y un gesto de aprobación en su cara—. Vale... Wow... Qué presión... Pero puedo hacerlo. Si no os importa, voy a retirarme y a descansar lo que queda de día para estar al cien por cien mañana... Pasadme lo que me debo aprender para mi personaje.

—En realidad... vas a ser tú misma. No cambias de personaje, vas a ser Lake MacNamara pero sin haberte hecho agente. Nadie sabe de tu vida dada la discreción con la que se han tratado tus datos por parte de la comisaría, así que no habrá problema por ese lado —siguió explicando Polter—. He hablado

con Aleph Shield, el actual líder de la familia, y mañana se ha acordado vuestro encuentro, así que él ya sabe con quién se va a ver y demás... Eso es todo, ya puedes irte.

Asentí y abandoné la sala de reuniones con un subidón de adrenalina enorme. ¡Volvía a la carga! ¡Volvía a hacer lo que había nacido para hacer! Esta vez era un caso grande y no podía fastidiarlo. No sabía si sería el último y si, tal vez, al acabar, me volverían a alejar de este oficio como la última vez, pero lo que tenía claro era que, de todos los casos en los que había trabajado anteriormente, este era, probablemente, el más complicado y, si lo lograba... Si lo lograba iba a ser la mayor de mis victorias, y no sólo eso, iba a ser una gran derrota para la chusma de la mafia.

Decidí que lo mejor para calmarme era avisar a mi hermano sobre mi misión. No sólo porque así me ahorraría posibles errores futuros y que me descubrieran, sino porque cuando hago una misión siempre me tranquiliza contárselo, por lo que era la excusa perfecta para verle y comenzar a maquinar mi estrategia.

Tardé no más de diez minutos en llegar a la cafetería donde, como siempre, mi hermano limpiaba algunas mesas que acababan de quedar libres mientras que Laurel cobraba las últimas del turno de mañana, y es que era su hora de cierre. Pero, dado que soy familia, a pesar de que estén cerrando me dejan quedarme un rato con ellos charlando y disfrutando de un té o un café más.

—Adiós señores. Vuelvan pronto —despedía mi hermano a la última pareja que quedaba por abandonar el local—. Y, ahora sí... ¿Qué haces aquí? ¿No patrullas hoy? ¿Es que acaso tu «super marido» ya te ha despedido?

—Hola Paxt. Yo también me alegro de verte —ironicé—y no, no me han echado, de hecho... Vuelvo a la carga.

—¿Cómo que vuelves a la carga? —preguntó levantando una ceja.

—Me han asignado un caso y vuelvo al trabajo. Voy a volver a disolver familias y a salvar al mundo de gente como papá.

—Wow, Lake, ¡eso es genial! Me alegro por ti.

—Y que lo digas, porque aunque no le soportes, Donovan sabe que es lo que más amo y me ha asignado el caso por eso...

—O a lo mejor quiere librarse de ti y tener la casa sola...

—¡Paxton!

Sí, en numerosas ocasiones mi hermano es insoportable. Lleva desde que conoció a Donovan diciendo que no le gusta, y no entiendo el porqué. Literalmente, cualquier mujer de Chicago mataría por tener un marido como él pero, al parecer, mi hermano no está de acuerdo, así que no me queda otra que aguantarlo y quererlo a mi manera.

—Bueno y... ¿Quiénes son? ¿A qué familia van a infiltrar? —se interesó él.

—A los Shield. Dicen que es una de las bandas más punteras y que me necesitaban a mí para poder lidiar con ellos. Al parecer fueron los que tomaron el relevo cuando arrestaron a papá...

—Y a mí —me corrigió él—. Yo también pagué sentencia, te recuerdo.

—Cierto.

—Adiós, Paxton —se despidió Laurel, quien acababa de terminar de trabajar y se iba ya a su casa.

—Y... ¿Cómo te va con ella? —le pregunté a mi hermano (ya solos).

—¿Con Laurel? Genial, de perlas, aunque sigue sin abrirse mucho...

—Di lo que quieras, pero está claro que aquí alguien está coladito por su compi de curro... —canturreé divertida.

—¿Qué dices, Lake? No digas gilipolleces. Laurel y yo somos amigos, nada más.

—Lo que tú digas...

El resto del día lo pasé en casa haciendo deporte en nuestro gimnasio, creyéndome mi personaje, leyendo, entrenando físico... El día fue más que productivo a pesar de que me tuve que acostar pronto. Al día siguiente a las nueve de la mañana tenía una reunión con Aleph Shield, el líder de la banda mafiosa donde me iba a infiltrar, y no podía llegar tarde ni cansada

bajo ninguna circunstancia. Esta misión era crucial para mí porque, si completaba el trabajo, se podría decir que, oficialmente, habría acabado de terminar con los sucesores de mi padre, y por ende, sería el inicio del fin de la mafia en Chicago tal y como la conocemos.

**Tres cuchillos y tres dianas.
¿Qué podría salir mal?**

Una mañana más, el despertador arruinaba mi sueño marcándome el inicio de mi productividad diaria, aunque esta vez un par de horas antes de lo habitual ya que, a diferencia que de costumbre, la canción comenzó a sonar a las siete de la mañana dándome así dos horas de margen para prepararme e ir hasta el centro de la ciudad a encontrarme con Aleph Shield, el líder de la banda mafiosa de los Shield.

Me levanté con sumo sigilo para no despertar a mi marido, quien aún dormía en paz a mi lado. Cogí la ropa que había lucido el día anterior cambiando la camisa y la ropa interior, me arreglé y llamé a un taxi que me llevaría al centro de la ciudad.

Apenas tuve que esperar más de quince minutos hasta que un amable señor vino en su taxi a recogerme para que, en exactamente treinta y cinco minutos, me reuniera en una dirección específica con el que iba a ser «mi líder».

—Ya estamos en la dirección que me ha dado, señorita... Serían cincuenta euros, por favor —me informó el afable conductor.

—A cuenta de la capitana Polter de la comisaría del distrito 12 —respondí.

—Recibido, señorita. Que tenga un buen día.

Bajé del coche con las pulsaciones a mil por segundo. Estaba por reunirme con uno de los delincuentes más peligrosos del mundo y, para más inri, sería en su terreno, en su guarida, donde todo controla y todo ve... Estaba apunto de meterme en

el nido de la mafia y, una vez allí dentro, no habría vuelta atrás. Un descuido, una mala cara, un mal gesto, un comentario, una respiración sospechosa... y estaría muerta.

Llegué a un edificio bastante moderno y alto de hormigón. Entré por la puerta principal y fui a parar a la primera planta, piso al que yo misma apodé «Planta tapadera». Este piso es una planta en forma de cruz. El ascensor que subía desde el garaje daba a un pasillo que llegaba hasta el final de la sala, y había otro pasillo que lo interceptaba por el medio dividiendo así el piso en cuatro zonas, tres de ellas salas. Las dos del fondo eran las salas de papeleo con cuatro escritorios y con ordenadores donde decían manejar los temas de sus reuniones. En la izquierda, al frente, estaba la sala de reuniones, mientras que, a la derecha, estaba el mostrador de recepción con un teléfono y un ordenador. Las paredes eran color crema y era una sala acogedora y afable. En el mostrador de la recepción había una muchacha muy delgada, de pelo lacio, corto y rubio platino, muy alta, ojos color ámbar, piel perfecta y afable mirada con un identificador metálico en el pecho que la reconocía como Daniella Sutton. Me acerqué a ella de forma tranquila y confiada con la intención de comenzar oficialmente mi misión.

—Hola, Daniella. Busco al señor Shield. Hemos acordado vernos aquí, en el edificio —le expliqué.

—Claro que sí. El señor avisó sobre su llegada. Aguarde un momento, debo hacer una llamada —me contestó ella con una calmada y armoniosa voz.

Me retiré del mostrador mientras la chica hacía esa llamada que me había indicado con el teléfono de la recepción en un tono de voz tan sumamente bajo que, ni aunque hubiera estado justo a su lado, habría sido capaz de entender o captar una de sus misteriosas palabras.

Me encontraba distraída mirando al final del pasillo de entrada, teniendo el ascensor a mi espalda y tratando de matar de la mejor manera posible el tiempo de espera, cuando alguien me reclamó.